



SUBSCRIPCION

Por un año..... \$ 10
Por seis meses..... \$ 5 50
Por un mes..... \$ 1 00
Número suelto..... \$ 0 10

EL CLAMOR PUBLICO

PUBLICACION INDEPENDIENTE

Gerente-SEBASTIAN B. TORRES

Año IV.

Redactor y Director-SEBASTIAN B. TORRES

Número 491

Instituto Uruguayo

DIRIGIDO POR D. INOCENCIO ROGIDO

En este establecimiento de enseñanza, se admiten alumnos externos, internos y medios pupilos.

Funcionan en él, clases de instrucción elemental y universitarias, siguiendo para ambas los programas vigentes en las escuelas del Estado y en la Universidad mayor de la República.

Inocencio Rogido.

El Clamor Público

JULIO 2 DE 1883

Las Máximas y las Obras

Los sacerdotes, alejándose de la conducta de los apóstoles, debieron abjurar los principios y las máximas propuestas a sus acciones. El camino del mal es resbaladizo, cuanto mas se acerca la pendiente al abismo se hace mas rápida.

Después de haber intentado su excusa diciendo: *atended a nuestros discursos y no a nuestras acciones*, las palabras no tardaron de ser conformes a las acciones, y las máximas a la conducta. Entonces fué cuando la apología de los crímenes resonó hasta en los templos de la divinidad.

Bajo el reinado de Carlos VI un sacerdote, el franciscano Juan Petit, se atrevió a sostener en el púlpito que el asesinato del Duque de Orleans era una acción loable; que era permitido usar de sorpresa, de traición, y de toda suerte de medios para deshacerse de un enemigo de Dios; que no había obligación de cumplirle la palabra que se le había dado, ni la fe que se había jurado.

Cuando Francipani, noble Romano, entregó vilmente a Carlos de Anjou el joven e infortunado Conradino, el Rey de Nápoles consultó al Papa Clemente 7.º sobre el partido que debía tomar respecto a su prisionero. *Vila Caradini mors Caroli; mors Coradini vila Caroli*; respondió el indigno vicario de Jesu Cristo.

Y el sobrino del grande Emperador Federico 2.º el último heredero de la dinastía de los suabos, a un príncipe irrepransible, en una edad en que las leyes perdonan aún a los mas criminales, se le cortó la cabeza sobre un cadalso en la plaza pública y casi a la vista del real verdugo, a quien una absolución anticipada protegía contra la justicia del cielo, y a quien su dignidad le libraba de la justicia de los hombres.

El asesino de Enrique 3.º, el fraile Jacobo Clemente, en consistorio pleno fué comparado a Eleazar, y a Judit por el Papa Sixto 5.º digno sucesor de Clemente 7.º. El Regicida fué representado como un mártir por los teólogos y predicadores fanáticos; se mandaron oraciones públicas, se dieron solemnemente gracias a Dios en todas las Iglesias en reconocimiento de haber permitido

que se consumara el asesinato; y los sacerdotes expusieron sobre el altar a la veneración pública la imagen de este odioso mártir. Mariana creyó admirable la acción de Jacobo Clemente; a sus ojos este Frayle asesino era la gloria, y debía ser el honor eterno de la Francia. El regicida Juan Chatel halló también un defensor y un apologista en el cura Juan Boucher; esta apología por sentencia del parlamento fué quemada en Francia, pero en Roma el Papa hizo poner en el índice el decreto del parlamento.

El Jesuita Mariana ha escrito que era permitido matar a un Rey por causa de religión; doctrina que ha sido sostenida en Alemania por el Dominicano Falkenberg; Sanctarel, otro Jesuita, en su *tratado de las herejías*, pretende que el Papa tiene derecho de dar tutores a los Reyes, deponerlos, si lo juzga conveniente; y reconoce en él todo poder sobre la corona y vida de los soberanos.

El Cardenal Duperron se atrevió a defender esta doctrina en los estados de 1674. El clero quería que se guardase silencio sobre el registro cuando se hubiese cometido para castigar una herejía; moral, que dice Turpin en su *elogio de Molé*, puso el puñal en la mano a los Jacobo Clemente, a los Pedro Barriero, a los Chatel, y a los Ravallac. La nobleza sostuvo al clero, y fué necesario al tercer estado el apoyo del parlamento para hacer declarar, que ningún poder tiene derecho de autorizar a un súbdito para que atente a la vida de su soberano.

Ninguno ignora que un Abate, *Cavairac*, hizo la apología de la San Bartolomé, y que Sepúlveda compuso un libro para excusar las crueldades de los Españoles con los Americanos; él sostuvo que para someterlos mas fácilmente a la fe católica era permitido usar con toda suerte de violencias, despojarlos, y aún degollarlos. Carlos 5.º hizo su primir en España esta obra sanguinaria y el Papa permitió en Roma su publicación.

Dos Jesuitas, *Collendal* y *Montausan*, en sus comentarios sobre las obras teológicas de Busembaum, han avanzado estas máximas, que ningún Papa, ningún concilio, y ninguna asamblea de teólogos han condenado: «Un hombre encargado de matar a un excomulgado puede dar la comision a otro, y es un acto de caridad aceptarla. Un ciudadano proscrito por su Príncipe puede ser decapitado en los estados de este Príncipe, pero no fuera; mas el Papa, desde que una vez ha proscrito a un potentado puede hacer ejecutar su decreto por toda la tierra, porque el Papa es soberano del mundo entero.» El Jesuita Malagrida declaró que era permitido matar al Rey de Portugal.

El *Diccionario de la Religion Cristiana* por Dulaurent fraile apóstata; los sermones del hermano Eleval Inglés; *I capitol del fono* de Juan de la Casa

Arzobispo de Benevento, son obras en que las imágenes y las expresiones obscenas estan amontonadas con el cinismo mas impudente. *El historiador de los hechos y dichos eroicos del buen Pantagruel* fué Franciscano, Benedictino, Canónigo, y murió Cura de Meudón; el romancero Prebost, el epicureo Chaulieu, el heróico Bernis, y el licenciado Greccourt eran Abates de corte y de retiro.

Adquiriendo riquezas el clero perdió sus costumbres; así podia encontrar éstas perdiendo aquellas; por que la religion aspira a la pobreza de sus ministros para volver al clero sus costumbres, y al Cristianismo su pureza primitiva.

(E. Jouy)

Variedades

La vergüenza

Perdonen ustedes que nos ocupemos hoy de una antigüedad; pero no siempre ha de tropezar el cronista con asunto del día que merezca la pena de salir a plaza.

¡Con cuánto rubor oímos que aconsejaban a una señorita varias damas y algunos caballeros, en una reunion de medio pelo: «¡No tenga usted vergüenza!»

Y por mas que la decian, la pobrecita no podia romper a cantar la canción de *La tortola en celos*, letra de un concurrente a la tertulia, y música de otro amigo de la familia que ofrecia aquellos thés a sus relaciones.

Thés en rústica, porque nunca fueron acompañados ni de media pasta, pero si exornados con baile, canto y lectura de poesías domiciliarias.

Cuando un niño no quiere lucir sus gracias en presencia de personas extrañas a su familia, lo primero que lo censuran los padres es la vergüenza que manifiesta.

Un hombre vergonzoso es una víctima propiciatoria de los desvergonzados, clase muy numerosa y muy respetada.

Entre sus contemporáneos, el chiquillo vergonzoso es el blanco de todas las bofetadas; es el que se queda sin puesto o sin merienda en el colegio; es el que sufre calabrazas en los exámenes; entre sus hermanos, es el elitor responsable.

Crece el niño y llega a la pubertad y a la edad viril, sucesivamente.

Y aquí empieza la vida del hombre malo.

Se enamora de una joven vergonzosa y sufre y llora y patea, viendo a la hermosa ó desgraciada joven tomar caras (lenguaje amoroso taurino) ó timarse (idioma flamenco del beau monde) con otro joven menos vergonzoso.

—Esa mujer no me quiere—murmura en sus soliloquios.—Yo no puedo hacer mas que mirarla hasta desvanecerme, sonreír cuando la miro y aun cuando miro a su mamá, que parece una ostra en libertad.

Empieza el período de las copias: el enamorado vergonzoso las escribe ó

aprende de memoria los versos que escribieron otros.

«¡Lloy la he visto! ¡La he visto y no ha mirado!»

Hoy creo en Dios.

Repito estos versos de Becquer en la casa de huéspedes donde anida, y un señor cura suelto, vamos, que no es párroco ni teniente, le amonesta y le afea semejantes blasfemias.

—Calle usted, hombre, no diga barbaridades.

—Son unos versos de Becquer—replica el mozo.

—Pues aunque fueran de Sagasta, son dañinos—refunfuña el sacerdote.

La fortuna, que gusta de coquetear con los vergonzosos, ofrece ocasion al joven para hablar con la muchacha adorada.

Pero aunque dicen que «Dios los cria y ellos se juntan», esto no reza con los vergonzosos, a quienes «Dios junta y ellos se separan» asustados.

—Este chico es tonto—piensa ella.

—No me dico una palabra—piensa él.

—Me parece que no puedo darle mas pié.

El vergonzoso ve el pié, pero, le admira y se contenta con murmurar, respetuosamente.

—¡Si ese pié fuera mió! Digo, ¡si poseyese yo los dos piés!

Cuando más se atreve, pide a Dios que le conceda cuatro piés.

El vergonzoso enamorado,—en fuerza de sufrir en secreto, llega a perder carnes y salud.

—Déclarate, hombre—le dico algun amigo.

—¿Pues cómo? si tu quisieras hablarla en mi nombre...

Hay amigos que no acceden y amigos que sí, aun los hay que se quedan con la novia.

Un pretendiente vergonzoso antes pilla una pulmonía que una credencial.

Si consigue que lo reciba algun ministro, se contenta con recitarle la fórmula de los memories que lo ha dirigido.

—Excmo. señor Fulano de Tal, vecino de Madrid, en la calle de.... número.... a vuecencia expone que...

A uno de estos pretendientes vergonzosos, respondió un ministro, llamando al ordenanza, quien se presentó inmediatamente.

—A ver—dijo al ordenanza el conserjero responsable,—meta usted en un sobre a este caballero y déjemele sobre la mesa del despacho para darle curso.

Un autor dramático vergonzoso que se ve obligado a leer una obra propia lleva suficiente camino adelantado para que su produccion no agrada a quien la oye.

—¡Que mal lee usted!—es el menor piropo que le dirige el galán ó la dama.

—Muchas gracias.

—Es justicia: nos hemos quedado en ayunas.

El infeliz siempre se le abrasa el rostro.

Y no falta quien le diga:

—No se ponga usted colorado que la cosa no es para tanto.

